

INCIDENCIAS DE LA TECNO-CIENCIA EN LOS SÍNTOMAS CONTEMPORÁNEOS

IMPACT OF TECHNO-SCIENCE ON CONTEMPORARY SYMPTOMS

*Perak, Micaela; Canosa, Julio; Dafunchio, Román; Galiussi, Romina; López, Eliana*¹

RESUMEN

Este trabajo se enmarca en una investigación en curso dedicada a estudiar las incidencias de la tecnociencia en los síntomas contemporáneos y sus consecuencias clínicas, éticas y psicopatológicas. Ello en la medida que, por un lado, el avance de la ciencia y las nuevas tecnologías comporta innumerables beneficios en diferentes esferas a nivel global y de la vida cotidiana. No obstante, constituye una paradoja en sujetos alienados a dichos avances e hiperconectados con los nuevos objetos que se producen y reproducen en tiempos tan instantáneos como efímeros.

Palabras claves:

Síntomas contemporáneos, Ciencia, Objeto tecnológico.

ABSTRACT

This work is part of a research that aims to study the impact of technoscience on contemporary symptoms and its clinical, ethical and psychopathological consequences. This is because, on the one hand, the advancement of science and new technologies brings innumerable benefits in different spheres at a global level and in everyday life. However, it constitutes a paradox in subjects alienated from these advances and hyperconnected with the new objects that are produced and reproduced in times that are as instantaneous as they are ephemeral.

Keywords:

Contemporary symptoms, Science, Technological object.

¹Universidad de Buenos Aires, Facultad de Psicología, Instituto de Investigaciones. Email rgaliussi@yahoo.com.ar micaelaperak@hotmail.com

I. INTRODUCCIÓN

Este trabajo forma parte de un proyecto UBACyT que tiene por objetivo indagar las incidencias de la tecnociencia en los síntomas contemporáneos, como así también algunas de sus consecuencias éticas, clínicas y psicopatológicas. Si bien cada época no ha cesado de interrogar lo real y sus síntomas específicos, aquí nos centraremos en su configuración desde tres aspectos: las novedades que las nuevas tecnologías y la ciencia contemporánea han introducido en la configuración del Otro, las consecuencias que de ello pueden leerse en la adolescencia y, finalmente, una distinción de las nociones de tecnología, temporalidad y transmisión que puedan indicar una orientación psicoanalítica posible en este marco.

La ciencia contemporánea y las nuevas tecnologías son, según la lectura de diversos autores, elementos insoslayables en la conformación del Otro social. Según Sadin (2024), asistimos a una “nueva condición del individuo contemporáneo” (p. 18), aquel cuyo *ethos* se basa en la búsqueda desenfadada de la singularización de uno mismo para desmarcarse de la masa (p. 23). Sostiene que esta nueva condición se ve posibilitada y facilitada por la vertiginosa aparición de Internet y el teléfono móvil que, entre otras consecuencias, permitieron una liberación de los lazos localizados en favor de un desarrollo de los individuos cada vez más autónomo, más *des-ligado* de las restricciones materiales -espaciales, temporales y corporales- de existencia. En este estado de relativa autonomía, el individuo dispone de una herramienta que le permite creer que puede suturar sus fallas, que puede afirmar una verdad de la que él mismo es el garante. Será, entonces, mediante el ejercicio de la pasión por la expresividad -que las nuevas tecnologías permiten- (p. 29) que el yo buscará afirmarse autónomamente. De esta manera, el yo pasa a ser la fuente primera de toda verdad (p. 32), dando por tierra con la primacía que en otra época pudo tener el contrato social como lugar de la verdad. Paulatinamente, los individuos se *esferizan*, representando por sí solos modelos culturales de los que, en otro momento, más bien participaban como elementos que interactuaban con otros. Así, establece un “giro implosivo” (pp. 216-217): un divorcio masivo entre los individuos y el ordenamiento colectivo que desmorona el principio de autoridad como dimensión rectora del lazo. Siguiendo el planteo de Sadin, podemos leer en esta pasión por la autoafirmación una búsqueda por suturar los agujeros estructurales que, en lugar de tomar del Otro los significantes que inscriben una legalidad y un relato compartidos, lee en todo lazo con el Otro una dominación autoritaria y, en su lugar, se propone a sí mismo como garante. Esto “se conjuga con el estado actual de la técnica consagrado a someter indefinidamente lo real a nuestros deseos” (p. 248), tal como se ve reflejado en las características básicas de todo *smartphone*: conexión ininterrumpida, respuesta inmediata a nuestras órdenes y una multitud de *apps* en actitud solícita hacia nosotros (p. 25). Una línea similar toma Byung-Chul Han (2019), para quien la búsqueda de la autoafirmación se da, en nuestra época,

en el marco de una negación de la negatividad que toda otredad significa para el sí mismo (p. 18). En las sociedades disciplinarias regían la prohibición, el mandato y la ley como encarnaciones de un no a partir de cuya articulación dialéctica podía surgir lo propio: un *no* que forzaba al sujeto a defenderse de él y, al hacerlo, a constituirse como sujeto. Estos fueron hoy reemplazados por los proyectos, las iniciativas y la motivación, herramientas propias de la sociedad del rendimiento (p. 26) para fomentar un desarrollo que prescinde de toda negatividad, imposibilitando el ida y vuelta dialéctico que se funda a partir del interjuego simbólico entre el sí y el no. Se da, así, una sobreabundancia de lo positivo, de lo idéntico, que conlleva toda una serie de patologías que le son propias: el burnout, la hiperactividad y la autoexplotación emergen como padecimientos resultantes del imperativo de ser uno mismo en total libertad, sin la coerción que toda otredad negativa o diferente, supondría. Nos encontramos nuevamente frente a una caída de la autoridad clásica, lo que no significa que su función no sea ocupada.

Desde Freud, en el texto “Tótem y tabú” (1913), sabemos lo que ocurre con la coerción cuando pasa de ser externa a interna: se vuelve más eficaz. Positivizado el sujeto, liberado de las coerciones negativas y empujado únicamente al rendimiento, se produce un trueque entre libertad y autocoerción que, para Han, significa dejar de ser sujeto, puesto que se deja de *estar sometido a una otredad* (Han, 2019, p. 96). Mientras que Sadin ubica el declive del Otro a partir del repliegue del individuo sobre sí mismo y el corte de sus lazos, Han acentúa la desaparición de la otredad y la negatividad como tales.

Según Jacques-Alain Miller (2005) transitamos tiempos de desengaño respecto del Otro, ya que se sabe que este no es más que semblante (p. 11). Se trata de una consecuencia directa de un escepticismo generalizado que le es tributario al giro lingüístico y a la ciencia moderna que, lejos de ser un recurso a lo real, lo nutre de manera inédita (p. 171). Se instituye así un imperio del semblante que atañe no solo al estatuto del Otro, sino también a lo real en cuanto tal, produciendo una “increencia en lo real del sexo y la muerte” (Soria, 2022, p. 23) que obligará al psicoanálisis, según Miller, a sostener una posición de recuerdo, de señalamiento de ese real.

Asimismo, Éric Laurent expone en estos términos una lógica de la primacía del individuo: “No se tiene el significante del Nombre del Padre, que colectiviza, sino el significante amo pluralizado como el significante en nombre del cual hablo” (Miller, 2005, p. 60). Esta pluralización se ve acompañada, para J.-A. Miller, de un goce específico de la época que contrasta con la freudiana. Si la represión psíquica de Freud calca e ilumina la represión de la sociedad victoriana, “nosotros tratamos con otra cosa, con la exigencia social de decirlo todo” (p. 341). De esta forma, hoy no solo hay derecho a gozar a la manera de cada uno, sino también de decirse a todo el mundo, y esto se vuelve un empuje que, como mencionamos anteriormente, interioriza una exigencia irrefrenable. Es por esto que “hoy los neuróticos no solo sufren, sino que además se sienten culpables por sufrir” (p. 343), ya que con cada sufrimiento desacatan el

empuje a un plus de gozar que no solo no está ya velado, sino que está exhibido por todas partes y porque, además, se le vuelve cada vez más difícil quejarse de un Otro que existe cada vez menos, cargando él mismo con la culpa. Para Miller estas son consecuencias de un movimiento de la época que consiste en la decadencia de la función del ideal y la promoción de la función del plus de gozar en su lugar que se emparenta, a su vez, con el ocaso de las figuras de autoridad (p. 364). Su fórmula *El Otro que no existe* condensa esta novedad, a la vez que señala dos dimensiones de su inexistencia que nos son relevantes. En primer lugar, el Otro no existe como un conjunto cerrado, como una totalidad regida por un “para todo X” universal; en segundo lugar, el Otro no existe como la otredad de la excepción, como el Uno que ex-siste al conjunto y que, al hacerlo, permite que este se cierre. Sin el conjunto ni la excepción, prolifera una lógica distinta de la del todo generalizado, una lógica de red de la que Internet sería una manifestación (p. 77), lo cual lo acerca a los desarrollos de Sadin mencionados.

Por su parte, Nieves Soria (2022) retoma la referencia lacaniana al niño generalizado vinculándolo con la posición frente al espejo y la relación con las imágenes que marca la época: “todos frente al espejo buscando esa mirada de reconocimiento, de valoración del gran Otro anónimo que se instala a partir de la evaporación del padre” (p. 102). La pasión por la expresividad propuesta por Sadin queda así enmarcada en la relación con el espejo sostenido en un Otro anónimo que hace de la imagen un mero simulacro. Si la imagen del cuerpo puede funcionar como un límite frente a lo ilimitado del registro simbólico y lo real (p. 80), la manipulación virtual que se hace del cuerpo, prescindiendo de su materialidad, acaba por sortear esa limitación. Queda, entonces, una mera imagen del cuerpo como pura cáscara de la que se constata cada vez un mayor apego (p. 60). Nuevamente, encontramos en este planteo una referencia a la caída o anulación de lo real como tal que, para la autora, es consecuencia de la ciencia, que “gana terreno a lo real, reduciéndolo a la señal, lo que tiene por efecto que se lo reduzca, también, al mutismo” (p. 211). De ahí que la nueva sintomatología esté tan marcada por el silencio, por el “nada para hablar” que hace eco de la errancia y el extravío que signa la época. Frente a ello, “lo único que nos queda para ubicarnos es, precisamente, localizar un Otro” (p. 237).

II. TECNOLOGÍA, ADOLESCENCIA Y RITOS

Desde sus primeros textos, Lacan abordó la difícil tarea de preguntarse cómo es que el niño deviene humano, qué es aquello que lo diferencia del resto de los seres vivos. Para esto tomó como referencia textos de psicólogos y sociólogos, pensadores de su época, a partir de los cuales desarrolló sus primeros escritos. Más allá de los diferentes aparatos de formalización, Lacan nunca se rehusó a señalar la importancia de los cambios socio-históricos y el lugar de la cultura y sus avatares. Incluso, desde el inicio, nos aclara que será necesario que renuncie quien

no pueda unir su horizonte a la subjetividad de la época (Lacan, 1953).

En la “Alocución sobre la psicosis en el niño” (1967), Lacan advierte:

El factor del que se trata es el problema más candente de nuestra época, que en tanto primera, tiene que experimentar que el progreso de la ciencia vuelva a cuestionar todas las estructuras sociales. Aquello con lo que, no solamente en nuestro propio dominio de psiquiatras, sino tan lejos como se extienda nuestro universo, tendremos que vernos-las, y de modo cada vez más apremiante: la segregación (...) ¿cómo hacer para que masas humanas, condenadas al mismo espacio, no solamente geográfico, sino en esta ocasión familiar, permanezcan separadas? (Lacan, 1967, pp. 382-383).

Sobre el final del texto recorta las coordenadas de la época respecto de la concepción del cuerpo e introduce una consecuencia de los efectos de la ciencia: el niño generalizado. Alude: “¿No se discierne la convergencia de lo que he dicho hoy? ¿Extraeremos la consecuencia de un término como el del niño generalizado?” (p. 389). Llegados a este punto, podemos preguntarnos cómo es que el avance del capitalismo produce este efecto sobre la época. Responderlo implicará abordar las consecuencias que las modificaciones del pseudo discurso capitalista tienen sobre la estructura del discurso del amo tradicional en un momento fundamental de la constitución subjetiva: la adolescencia.

En su artículo “En dirección a la adolescencia” (2015), J.-A. Miller sostiene que cualquier definición que intente darse de ella es, cuanto menos, conflictiva y controvertida. Dado que el real de la adolescencia se nos escapa en la multiplicidad de perspectivas desde las que puede abordarse -cronológica, biológica, psicológica, etcétera-, lo único que puede decirse de ella, de manera cierta, es que es una construcción, lo cual no es decir mucho en una época incierta respecto de lo real y caracterizada por la convicción de que “todo es artificio significante”. En esta misma línea, en el prólogo a “El adolescente actual: nociones clínicas” (2015), libro que reúne la tesis de maestría de Damasia Amadeo de Freda, Miller afirma que mientras que la existencia de la pubertad, con su realidad cronológica y los cambios biopsicológicos que comporta es indudable, la adolescencia fue una “conquista de Occidente” posterior a la Revolución Francesa que adquiere forma a partir de la mutación moderna en relación con el saber (p. 10). Señala, asimismo, que la pubertad es el término bajo el cual se abordan en el psicoanálisis la salida de la infancia y el encuentro concomitante con el cuerpo del Otro, la cuestión de la diferencia de los sexos suprimida -parcialmente- mientras perdura la infancia y la reconfiguración del narcisismo que supone una “intromisión del adulto en el niño”; término que Miller toma del escrito de Lacan sobre la juventud -y también la adolescencia- de André Gide (Miller, 2015). Esas metamorfosis que la pubertad introduce en el tiempo de la infancia pueden operar como punto de partida

de la adolescencia, pero no definen su punto de llegada ni su finalización. Y eso porque los efectos reales del corte que dichos cambios introducen exigen ser simbolizados, lo que explica la existencia en cada sociedad de distintos ritos tradicionales que producen el pasaje de la infancia a la adultez. Miller ubica que la pubertad tiene una estructura dialéctica y metafórica y que responde a una topología del corte. Pero, a su vez, es el rito el que:

realiza el pasaje a lo público de lo más íntimo de lo privado, cuyo núcleo siempre es, dice Lacan, la cuestión sexual. Integra en el orden simbólico las metamorfosis del cuerpo y de la imagen de sí que determina el real de la vida. El rito hace nudo, nudo de tres, borromeo, de lo real, lo simbólico y lo imaginario (Amadeo de Freda, 2015, p. 10).

Por otro lado, afirma que la existencia misma de la adolescencia se debe a las mutaciones del orden simbólico que el avance del discurso capitalista introduce en el discurso del amo antiguo. Particularmente la decadencia del patriarcado como forma de organización económica y social, que conlleva el hundimiento del Nombre-del-Padre -significante primordial que, sin embargo, no se confunde con el orden patriarcal- cuyas funciones de nominación y anudamiento son rotas por el discurso de la ciencia, tal como vimos anteriormente. De esta manera sostiene:

A medida que se alejan de la tradición y se vierten al utilitarismo, las sociedades pierden el sentido de la iniciación, abandonan los rituales, se opacifican, se vuelven confusas. Ahí donde era el rasgo puro separando el antes y el después, eso balbucea. Ahí donde era el corte, se abre un intervalo, y ese intervalo es indefinido.

Ahí donde era el instante-de-ver de la iniciación, comienza un tiempo-para-comprender que dura y se eterniza. Ese balbuceo, ese intervalo, ese tiempo-para-comprender es lo que llamamos adolescencia (pp. 9-10).

Si bien define a la adolescencia como “el fracaso de la metáfora de la pubertad” (p.10), debido a la pérdida de los ritos sociales de iniciación, señala que esto se profundiza en las actuales condiciones del Otro social que definen a nuestra época, en la cual el incumplimiento simbólico de dicha metáfora abre a una inflación imaginaria que conlleva una prolongación de esta, palpable en las descripciones clínicas contemporáneas. La incidencia de la tecnociencia y el avance del mundo virtual, con la extensión del universo de lo posible, la producción -cada vez más vertiginosa- de objetos tecnológicos personalizados que ofrecen múltiples opciones, conllevan una dilación de la adolescencia que se convierte, entonces, en “la metonimia infernal en la que se precipitan los jóvenes de las sociedades que sustituyeron la tradición por la industria, el reino de la producción-consumición” (p. 10). La destitución de las formas y registros tradicionales que estructuraban el modo de establecer el lazo social y que enseñaban lo que se debía hacer para ser un hombre y una mujer, incluso la desidealización del Otro como figura del saber, condicionan que el nudo que los ritos de pasaje operaban a partir de la metamorfosis

de la pubertad, tarde en hacerse. De este modo, concluye: “la adolescencia es una prórroga, una procrastinación, el aplazamiento del momento-de-concluir, la incoherencia de una enunciación sin punto de capitón” (p.10); cuestión que resulta fundamental para pensar las características de una época del “niño generalizado”, así como los efectos conjugados de la fraternidad y la segregación.

Respecto de este último punto, conviene recordar lo que Lacan plantea en la clase del 11 de marzo de 1970 del *Seminario 17* (1969-1970):

Sólo conozco un origen de la fraternidad -quiero decir la humana, de nuevo el hummus-, es la segregación (...) Simplemente, en la sociedad (...) todo lo que existe se basa en la segregación, y la fraternidad lo primero. Incluso no hay fraternidad que pueda concebirse si no es por estar separados juntos, separados del resto (...) Se trata de captar esa función y saber por qué es así. Pero en fin, salta a la vista que es así, y hacer como si no fuera verdad debe tener, por fuerza, algunos inconvenientes (p.121).

J.-A. Miller (2015), por su parte, sostiene que, en las condiciones introducidas en la época por la tecnociencia, el aplazamiento de la adolescencia conlleva su segregación. Los adolescentes mismos se ven cercados por prohibiciones sociales y jurídicas que intentan protegerlos, pero la caída de las figuras del Otro merecedoras del respeto determina que la demanda del Otro sea subjetivada en términos de un imperativo tiránico. A su vez, esto se conjuga con una demanda de ser respetado, tanto más perentoria en la medida en que permanece vacía y desarticulada del Otro que podría satisfacerla, lo que conlleva un déficit de respeto para consigo mismo. En este contexto, el adolescente tiende a interpretar en términos tiránicos las exigencias del Otro al tiempo que la sociedad misma intenta legislar y restablecer una autoridad, por momentos brutal, respecto de un sector de la población que aparece con límites indefinidos. Afirma que se producen subculturas, al modo de contrasociedades, que efectúan una socialización, pero no bajo el modo ritualizado de la entrada en la edad adulta sino bajo el signo de un rechazo y una hostilidad que van en aumento a medida que se cierra el horizonte de integración de sus miembros. Miller sostiene que esto determina que la evocación del gran Otro por parte de los adolescentes se haga bajo una forma degradada e inmoral que determina nuevas fraternidades y formas sintomáticas de socialización, muchas veces bajo la forma de teorías del complot o nuevas epidemias y/o fenómenos de masa.

En último término, vale remarcar otro efecto del impacto del avance de la tecno-ciencia que J.-A. Miller recorta: la constitución de una “autoerótica del saber” que deja de estar depositado en los adultos, a través de cuya mediación era tradicionalmente necesario pasar para acceder a él. Con el avance de los nuevos aparatos que la tecnología produce y reproduce cada vez más rápidamente, el saber se encuentra disponible de forma automática ante una simple demanda formulada a la máquina. En consecuencia, Miller afirma que:

El saber está en el bolsillo, no es ya el objeto del Otro. Antes, el saber era un objeto que había que ir a buscar al campo del Otro, había que extraerlo del Otro por vía de la seducción, de la obediencia o de la exigencia, lo que implicaba pasar por una estrategia con respecto al deseo del Otro (Miller, 2015).

Esto determina una autoerótica del saber que es diferente de la erótica del saber antigua que pasaba, principalmente, por la relación con el Otro.

III. TECNOLOGÍA, TEMPORALIDAD Y TRANSMISIÓN

A partir de lo expuesto, a continuación intentaremos ubicar las coordenadas teóricas mencionadas con el objetivo de diferenciar estos tres aspectos: tecnología, temporalidad y transmisión. En "Introducción del narcisismo" (1914) Freud enseñó acerca de "su majestad" aquello que hoy puede ser leído a partir de lo situado anteriormente por Sadin, un nuevo "individuo tirano" (Sadin, 2024), ahora en un cada vez mayor "aislamiento conectado" (Forestier & Ansermet, 2023, p. 21). No obstante, debe de todos modos realizar los incumplidos deseos de sus padres, siendo la educación una medida posible para alcanzarlo. Ahora bien, se delimitan nuevas coordenadas sintomáticas allí donde un objeto tecnológico, un espejo negro, es el principal lugar de transmisión y satisfacción, en una época de infancia generalizada o de una constante metamorfosis de la pubertad para padres e hijos. Así, las orientaciones teóricas situadas permiten interrogar las nuevas configuraciones edípicas y sintomáticas a la luz de un oxímoron: la luminosa oscuridad de las nuevas tecnologías o la nueva alienación digital. En ese sentido, en su libro "Inconsciente 3.0" (2019) G. Dessal sostiene:

Cuando observamos la asombrosa habilidad y soltura con la que los niños de muy corta edad, *incluso antes de hablar* -el destacado es nuestro-, son capaces de manipular los dispositivos que encuentran en sus hogares, nos damos cuenta de que el problema que la técnica nos plantea no radica en la dificultad para utilizarla, sino todo lo contrario. Es la extraordinaria facilidad con la que acompaña gran parte de nuestras acciones cotidianas en donde reside la cuestión decisiva: esa sencillez y la satisfacción asociada a su disfrute es directamente proporcional a la escasa posibilidad de formularnos una pregunta sobre lo que ello supone para nuestra vida individual y social (p. 30).

Respecto de esto último, en su libro "Lo que queda de la infancia" (2014), Colette Soler retoma la "Alocución sobre la psicosis en el niño" (1967), señalando que no se puede ignorar que la clínica es indisociable del discurso, del lazo social dominante. Plantea que la clínica del síntoma "es inseparable del estado de los lazos sociales que no son otra cosa que tratamientos colectivos del goce" (Soler, 2014, p. 17). Retomando el planteo anterior, Soler se pregunta cuál es la relación entre la segregación y el niño generalizado, el "todos niños". Refiere que cuando los lazos se disuelven

permanece la masa, siendo la segregación el único modo de tratamiento de los espacios aún cuando, paradójicamente, los diluye. Si, como vimos arriba, el lazo falta, queda la segregación (pp. 14-20). Asimismo, nos encontramos en un momento en el que el Otro simbólico ha cambiado, lo cual no es sin consecuencias. La noción de síntoma se pluraliza, al tiempo que se pulveriza. En ese sentido Soler se pregunta qué es lo que queda del niño en el adulto y qué es aquello que deviene necesario para que un niño se convierta en un adulto, dos preguntas muy distintas que interesa retomar a los fines de pensar qué es lo que sucede con los síntomas y con los lazos en la época actual.

Retomando la dimensión de los ritos situada por Miller, Soler describe que muchos contestarían que lo que le falta al niño para ser adulto es el encuentro con el Otro sexo y sus contingencias. Ella cuestiona esta idea así como también la que plantea que la perversión polimorfa es solo un resto del niño en el adulto. Dice, siguiendo a Lacan: "si hay una diferencia entre el niño y el adulto no se sostiene del estatuto de sus goces ni de sus objetos" (p. 41). La perversión polimorfa entonces, no es un resto sino más bien un terreno compartido por ambos. En ese sentido, la infancia es el tiempo de la primera vez -tanto para los primeros encuentros con el discurso del Otro como para las primeras experiencias de goce- y todo sujeto tiene sus raíces en ella. Esas raíces se llaman fijación, *fixion* (p. 43). Esto es estructural y perdurará indeleble en cada etapa. Se trata de lo que queda del niño y quedará, lo que permanece en su repetición.

Por otro lado, la autora recorta las marcas de la infancia, aquellas que no devienen de la necesidad de la estructura sino que se inscriben por accidente, es decir, aquellas contingencias acontecidas en la singularidad histórica de cada sujeto que luego no cesan de escribirse. Marcas que se inscriben como rasgos singulares (pp. 60-61). Menciona que no hay que confundir fijación con trauma, pues hay marcas que perduran como no traumáticas. Podemos mencionar aquí todas aquellas que hacen a nuestra singularidad, incluso personalidad, pero que no nos generan sufrimiento, que no van más allá del principio del placer. La autora destaca las marcas geográficas, discursivas, culturales que nos atraviesan, que nos constituyen, que nos generan pertenencia social e identitaria pero que no generan conflicto sino que son goces producidos en cada lazo social (p. 62). También señala las fijaciones que pueden predominar en un sujeto sin generar conflicto, es decir, disposiciones libidinales prevalentes pero no patológicas (p. 63). La época actual invita a enumerar una cantidad de cambios que introducen configuraciones en el modo en que cada niño transita su infancia. Desde la perspectiva psicoanalítica, interesa retomar aquellas otras marcas instaladas en el núcleo de los síntomas, esas que generan malestar, sufrimiento y que son nuestra brújula a la hora de intervenir: las del trauma.

Tal como conocemos, el concepto de trauma se entrama con el de repetición. Se trata de una experiencia inédita, un placer paradójico, un primer encuentro con lo real, con aquello que rebasa las posibilidades de tramitación. El trauma infantil no se reprime, permanece en su repetición

y, en ese punto es que Soler señala que esta es la vertiente prevalente de lo que permanece del niño en el adulto, aquello que queda de la infancia y que los deja a ambos, en principio, en un mismo punto. Concluye:

Esta repetición es lo que me ha conducido a decir precedentemente que para el adulto, paradójicamente, ya no había primera vez. Con el primer rasgo unario instituyente del sujeto en el campo del goce como un todo-solo, comienza el programa del encuentro fallido y es para todos. Pero hay allí una especie de paradoja: incluso repitiéndose, el encuentro fallido que se produce por azar es siempre nuevo (...) es lo que se repite para un sujeto dado, a saber *su trauma* de origen, lo que asegura en el adulto la presencia de ese niño único que fue (pp. 68-69).

Luego tendremos, por supuesto, a partir del “para todos” del trauma, la vertiente singular de cómo se precipita en cada uno, lo cual implica variaciones que, según la autora están condicionadas por tres factores: las figuras del Otro, los accidentes de la historia individual con sus acontecimientos de goce y los factores nativos, es decir, la disposición de cada quien al trauma (p. 69).

No es el objetivo de este trabajo detenernos en cada uno de los puntos. Si lo mencionamos es para destacar lo que insiste una y otra vez: la convivencia entre aquello del síntoma que es estructural y atemporal, y aquello otro susceptible de las variaciones discursivas de cada época. Por supuesto que lo que permanece orienta, estructura, establece cierta direccionalidad. Sin embargo, en una época donde las envolturas simbólico-imaginarias del síntoma parecieran haberse modificado, donde el Otro simbólico se ha corrido de algunas de sus funciones como tal, donde los niños -incluso antes de hablar- son hablados por el objeto tecnológico; es inevitable preguntarnos qué impacto producen cada una de estas cuestiones en la envoltura formal del síntoma y en la orientación en la cura.

En función de ello, nos interesa detenernos en aquella otra pregunta que recorre el texto de Soler: qué es lo que diferencia al adulto del niño, cuál es ese punto a partir del cual podríamos devenir todos “niños generalizados”, o no. Decíamos que, a nivel de los goces en juego, tanto el niño como el adulto podrían ser ubicados en el mismo lugar, no se trata de un resto del niño en el adulto sino de un terreno común. Pero también es cierto que niño y adulto no son lo mismo, más allá de las variables fisiológicas y biológicas. La diferencia fundamental radicaría entonces en la posición ética del sujeto frente al goce: “el niño no está en posición de concluir, de aprovechar las consecuencias de lo que experimenta como goce *perverso polimorfo* y por eso tampoco está en condiciones de hacerse responsable de él, de identificarse como puede hacerlo un adulto” (p. 111). Las novedades mencionadas en el apartado anterior respecto del lugar de la adolescencia en nuestra época deben insertarse en este punto. La época nos confronta con sujetos que parecerían retroceder frente a aquello que les concierne, padres que se resisten a transmitir un deseo que no sea anónimo, niños invadidos por decires neutros, indirectos, robotizados por las pantallas o incluso por padres que se

corren de su lugar y no logran conectarse con ningún decir verdadero. ¿Qué impacto tiene esto en la producción de las nuevas subjetividades y sus síntomas? ¿Cómo esto se traduce en los desafíos que se presentan hoy en día en el espacio analítico y su direccionalidad? Respecto a esto último, la pregunta será cómo poder orientar a que alguien pueda posicionarse de forma distinta frente a eso por lo que sufre y que desde la fijación hunde las raíces del niño en el adulto. El penar de más del paciente será, como siempre, nuestra orientación. La cuestión será hasta qué punto el sujeto podrá o no, tomar una posición ética frente a aquello. Siguiendo a Lacan:

Es evidente que la gente con que tratamos, los pacientes, no están satisfechos, como se dice, con lo que son. Y no obstante, sabemos que todo lo que ellos son, lo que viven, aún sus síntomas, tienen que ver con la satisfacción. Satisfacen a algo que sin duda va en contra de lo que podría satisfacerlos, lo satisfacen en el sentido de que cumplen con lo que ese algo exige. No se contentan con su estado, pero aun así, en ese estado tan poco contento, se contentan. El asunto está justamente en saber qué es ese se que queda allí contentado (...) aquello que satisfacen por la vía del displacer, es, al fin y al cabo, la ley del placer (...) para una satisfacción de esta índole, penan demasiado. Hasta cierto punto este *penar de más* es la única justificación de nuestra intervención (Lacan 1963-1964, pp. 173-174).

Nadie puede elegir las pulsiones por las que cada quien es tomado y las posiciones de goce que derivan desde allí, pero sí cómo responder frente a esto. La posición del analista implicará poder leer en qué punto el sujeto *pena demasiado* para desde allí abrir, en primera instancia, la posibilidad de un punto de elección posible a los fines de devolverle, al menos, un pequeño pero abismal margen de libertad, frente a la supuesta creencia neurótica de un destino pasivamente heredado vía los síntomas.

IV. ALGUNAS CONCLUSIONES: CLÍNICA, ÉTICA Y TRANSMISIÓN

A lo largo del presente artículo recorrimos las incidencias de la ciencia contemporánea y las nuevas tecnologías en la conformación del Otro social, con sus consecuencias en la constitución subjetiva y el lazo. También indagamos el impacto de los cambios socio-históricos, culturales y tecnológicos en la adolescencia como etapa esencial de la experiencia humana, modificando sus ritos y sus tiempos y encontrando cada vez mayor dificultad para delimitar su punto de finalización y el consecuente pasaje a la adultez. Partiendo de la conceptualización de niño generalizado, nos preguntamos qué diferencia al niño del adulto, situando que la misma no se enmarca a nivel de sus goces sino de su posición respecto de ellos. Tal como vimos durante nuestro abordaje de la adolescencia, concluimos que esta posición está en relación con el Otro social. Teniendo en cuenta esto último, nos interrogamos qué es aquello del síntoma que permanece y cuáles son las transformaciones del mismo

con las que nos encontramos hoy en día frente al avance de las tecnociencias. Finalmente, señalamos la cuestión ética en juego en relación al posicionamiento de cada quien respecto de su saber hacer y los avatares frente a esto hoy. La época empuja en la dirección de obturar la posibilidad de sostener una pregunta:

El sujeto hace un uso de la falta en ser, del síntoma, como motor del movimiento incesante del mercado, que en su articulación con la tecnociencia ofrecerá siempre un nuevo objeto, que dará a cada instante la ilusión de suturar la carencia de ser estructural (Soria, 2019, p. 20).

De manera que, si bien hoy la falta se pone en juego, esta resulta rápidamente taponada por la ilusión de un objeto apto para colmarla. En ese sentido la falta deja de ser operativa, deja de ser una función. Podemos ubicar algunos de esos fenómenos como efectos del entrecruzamiento de dos lógicas discursivas, el discurso de la ciencia y el pseudo discurso capitalista. Con lógicas opuestas, el cruce entre ambos produce lo que podemos llamar “objetos de la técnica”, “artefactos”, “gadgets”, término que Lacan utiliza para señalar ese objeto producido por la técnica que podría ocupar el cénit de lo social. Sobre él dice: “Bastaría el ascenso al cénit social del objeto llamado por mi “a” minúscula, por el efecto de angustia que provoca el vaciamiento a partir del cual nuestro discurso lo produce, al fallar su producción” (Lacan, 1970, p. 436).

Sin embargo, no solo nos encontramos con la faz alienante del objeto gadget, la que obtura como falso objeto el lugar donde debería operar el objeto del deseo, haciendo de tope al lazo social y dejando al sujeto en el autoerotismo. Las redes pueden estar también del lado del síntoma como saber-hacer y no solo como defensa.

A partir de lo mencionado, nos interesa destacar el lugar de la transmisión en dos de sus vertientes. Por un lado, la importancia de la transmisión en la vía de la constitución subjetiva “que implica la relación con un deseo que no sea anónimo” (Lacan, 1969, p. 56). Lacan señala que la transmisión de dicho deseo es necesario que esté soportada. Para la madre “en tanto sus cuidados están signados por un interés particularizado” y respecto del padre “en tanto su nombre es el vector de una encarnación de la Ley en el deseo” (pp.56-57). La época marca una dificultad en relación a la función del padre, en la transmisión de un deseo no anónimo. Pareciera que los padres se resisten, cada vez más, a ocupar el lugar que les concierne en tanto terceridad, el deseo se vuelve anónimo, espejo negro.

Por otro lado, enfatizamos una segunda vía de la transmisión en lo concerniente a la vehiculización de otro deseo: el deseo del analista. Su puesta en forma, que implica “un decir silencioso que bordea lo real sin taponarlo de sentido” (Soria, 2022, p. 34), supone la introducción de una relación original con la falta constitutiva del sujeto que, a diferencia de los discursos del capitalismo y la ciencia, no busca obturarla sino propiciar en el sujeto una elaboración de ella que incurra lo menos posible en el “penar de más”.

Es siguiendo esta perspectiva que, si decíamos que la vía del saber hacer tiene su impacto en lo social y en el lazo,

nos vemos obligados a preguntarnos: ¿cuál será el lugar de las tecnociencias en el armado de un lazo posible? ¿En qué puntos lo obtura y de qué manera y desde qué otros lugares podríamos leerlo como recurso en tanto que arreglo subjetivo de cada quien? La relación del sujeto con el objeto tecnológico o las redes, ¿está más del lado del síntoma cómo defensa o del saber hacer con el síntoma? Consideramos importante no ir demasiado rápido en la satanización de su uso sino, más bien, poder hacer una lectura vez por vez de lo que se pone en juego para cada caso. Pensamos que la relación con el objeto tecnológico nos permite saber algo acerca de los modos de goce del sujeto y de su relación con la castración. En ciertos casos, ocupará el lugar de un sufrimiento, del aislamiento; en otros, del taponamiento de toda relación con la castración. Por último, en algunos, podrá facilitar la constitución de un lazo impedido de otras maneras.

Será el objetivo de próximos trabajos poder indagar este y otros puntos a los fines de continuar delimitando los efectos de la techno-ciencia en los síntomas contemporáneos y sus consecuencias éticas, clínicas y psicopatológicas, tal como se hacen presentes en la clínica actual.

BIBLIOGRAFÍA

- Amadeo de Freda, D. (2015). *El adolescente actual: nociones clínicas*. UNSAM Edita. Buenos Aires, 2015. Dirección: Claudio Godoy.
- Ansermet y Forestier (2023). *La devoración digital*. Buenos Aires, Unsam, 2023.
- Canosa y otros (2019). “La sublimación en las obras de Freud y Lacan. Hipótesis preliminares acerca de la relación entre sublimación y creación”. En *Anuario de investigaciones Vol. XXVI*. Secretaría de investigaciones. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 2019.
- Canosa y otros (2022). “Método y saber hacer en Salvador Dalí”. En *Anuario de investigaciones Vol. XXIX*. Secretaría de investigaciones. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 2022.
- Dessal, G. (2019). *Inconsciente 3.0*. Xoroi Edicions.
- Freud, S. (1913). “Tótem y tabú”. En *Obras Completas, Vol. XIII*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 2012.
- Freud, S. (1914). “Introducción del narcisismo”. En *Obras Completas, Vol. XIV*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 2012.
- Freud, S. (1930). “El malestar en la cultura”. En *Obras Completas, Vol. XXI*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 2012.
- Galiussi, R. y otros (2021). “Síntoma, invención y lazo social”. En *Anuario de investigaciones Vol. XXVIII*. Secretaría de investigaciones. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 2021.
- Godoy, C. (2022). “Síntoma y lazo social”. En *Memorias del XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXIX Jornadas de Investigación. XVIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. IV Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. IV Encuentro de Musicoterapia*. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 2022.

- Godoy, C. (2023). "Incidencias de la techno-ciencia en los síntomas contemporáneos". En *Memorias del XV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXX Jornadas de Investigación. XIX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. V Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional V Encuentro de Musicoterapia*. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 2023.
- Han, B-C. (2019). *La sociedad del cansancio*. Herder. Buenos Aires, 2019.
- Lacan, J. (1932). "Los complejos familiares". En *Otros escritos*. Paidós. Buenos Aires, 2012.
- Lacan, J. (1938). *La familia*. Argonauta. Buenos Aires, 2020.
- Lacan, J. (1949). "El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica". En *Escritos 1. Siglo XXI*. México, 1988.
- Lacan, J. (1953). "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis". En *Escritos I. Siglo XXI*. Buenos Aires, 2009.
- Lacan, J. (1954-1955). *El Seminario. Libro 2: El yo en la Teoría de Freud y en la Técnica psicoanalítica*. Paidós. Buenos Aires, 1992.
- Lacan, J. (1963-1964). *El seminario. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Paidós. Buenos Aires, 2003.
- Lacan, J. (1964-1965). *El Seminario. Libro 12: Problemas cruciales para el psicoanálisis*. Clase 16, 19/5/65. Inédito.
- Lacan, J. (1967). "Alocución sobre la psicosis en el niño". En *Otros Escritos*. Paidós. Buenos Aires, 2012.
- Lacan, J. (1967). "Proposición del 9 de octubre de 1967". En *Momentos cruciales de la experiencia psicoanalítica*. Manantial. Buenos Aires, 1987.
- Lacan, J. (1969). "Dos notas sobre el niño". En *Intervenciones y textos 2*. Ediciones Manantial. Buenos Aires, 2010.
- Lacan, J. (1970). "Radiofonía". En *Otros Escritos*. Paidós. Buenos Aires, 2012.
- Lacan, J. (1969-1970). *El Seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Paidós. Buenos Aires, 1992.
- Lacan, J. (1974). "La tercera". En *Intervenciones y textos 2*. Manantial. 2010
- Lacan, J. (1975). "Conferencia en Ginebra sobre el síntoma". En *Intervenciones y textos 2*. Manantial. 2010.
- Laurent, E. (2003). "Hay un fin de análisis para los niños". En *Hay un fin de análisis para los niños*. Editorial Diva. Buenos Aires, 2003.
- Lopez y otros (2020). "Variaciones acerca de la creación: Sublimación, invención, saber-hacer". En *Anuario de investigaciones Vol. XXVII*. Secretaría de investigaciones. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 2020.
- Lopez y otros (2021). "Síntoma y creación en Vincent Van Gogh". En *Anuario de investigaciones Vol. XXVIII*. Secretaría de investigaciones. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 2021.
- Miller, J-A. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Paidós. Buenos Aires, 2005.
- Miller, J-A (2015). "En dirección a la adolescencia". En *El Psicoanálisis. Revista de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis, Número 28*. Disponible en <https://elpsicoanalisis.elp.org.es/numero-28/en-direccion-a-la-adolescencia/>
- Sadin, E. (2024). *La era del individuo tirano: el fin de un mundo común*. Caja Negra. Buenos Aires, 2024.
- Soler, C. (2014). *Lo que queda de la infancia*. Letra viva. Buenos Aires, 2014.
- Soler, C. (2018). *Otro narciso*. Escabel ediciones. Buenos Aires, 2018.
- Soria, N. (2022). *Mutaciones. Hacia una clínica del sujeto virtual*. Del Bucle. Buenos Aires, 2022.

Fecha de recepción 16 de septiembre de 2024
 Fecha de aceptación 16 de octubre de 2024